

Borges o hacia la política por otros caminos

Un libro de muy reciente aparición echa luz sobre la relación del más grande escritor argentino con la política. Esa cosmovisión a la que quiso en estricta separación del arte y la literatura. Y sin embargo no dejó de cultivar, si bien en los intersticios de una producción intelectual cautivada por otras cuestiones. Temía la subordinación del arte a la propaganda. Tomaba partido, aunque sin mixtura con el partidismo.

Freiburn, Nicolás. - *Borges y la política. Un desafío para el peronismo, la izquierda y la derecha*. 1ª ed. Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Siglo XXI Editores Argentina, 2026. 160 p.

Jorge Luis Borges es considerado un escritor genial no involucrado en política. Nunca le interesó como actividad. Y no le dirigió atención específica a sus aspectos teóricos y al caudal reflexivo al que da lugar.

Nicolás Freibrun procura el arribo al “Borges político” por caminos indirectos, a sabiendas de que en este terreno el escritor hace referencias que en muchas ocasiones están más bien al costado del asunto principal que trata.

El autor prescinde de la vertiente más obvia. La ofrecida por sus manifestaciones orales en entrevistas periodísticas. Las que se le hicieron con gran profusión, sobre todo en sus últimos años de su vida. Ellas fueron fuente de donde extraer frases ingeniosas. También veneros para el destaque de “barbaridades” que el autor de *El informe de Brodie* volcaba en el terreno poco frecuentado por él de la opinión política.

Como siempre en Argentina, “Civilización y barbarie”.

En el capítulo inicial de esta obra se recoge la problemática de la civilización frente a la barbarie. La figura máxima de nuestra literatura se dedica en este campo a contraponer el *Martín Fierro* de José Hernández con el *Facundo* de Domingo Faustino Sarmiento. Escribió sobre ambas obras maestras y reflexionó acerca de los efectos de que haya sido el primero el erigido en “libro nacional”.

El poema hernandiano predica, sobre todo en su primera parte, una desarticulación del orden. O la renuncia a la configuración de uno aún no consolidado. Ocupa en sus páginas la barbarie un lugar destacado. En *Biografía de Tadeo Isidoro Cruz* brinda una interpretación del personaje más importante del libro después del protagonista.

Gaucha de uniforme, conmovido ante la tenaz resistencia de un matrero frente a la partida policial, deja de lado del modo más drástico la disciplina y el deber, para pasarse de bando.

Se sitúa del lado del hombre acorralado por “la autoridad”. Grita “Cruz no consiente / que se cometa el delito / de matar así un valiente”. El coraje se sitúa así por encima de cualquier otro valor. Y subvierte el orden y las normas. Delito pasa a ser la acción de la represión estatal, no las faltas que pueda haber cometido el paisano en desgracia. Al

que se ha colocado en real o supuesto conflicto con la ley, de cuya veracidad se desconfía.

El autor de *El hacedor* ve esta escena con un dejo de simpatía. Sin embargo, predomina la reprobación. La glorificación de la rebeldía y el desconocimiento del mando conduce al tema de la “barbarie”.

La obra relegada a la hora del dictamen acerca de la cumbre literaria nacional aparece en cambio como portadora del orden y la civilización. Vale la reproducción de una cita borgeana que efectúa Freiburg:

“El Facundo nos propone una disyuntiva- civilización o barbarie-que es aplicable, según juzgo, al entero proceso de nuestra historia (...) El gaucho ha sido reemplazado por colonos y obreros; la barbarie no solo está en el campo sino en la plebe de las grandes ciudades y el demagogo cumple la función del antiguo caudillo, que era también demagogo. La disyuntiva no ha cambiado.”

La batalla de raíz sarmientina continúa sin interrupción, aunque los sujetos portadores varíen. Se exterioriza el matiz aristocratizante, que imputa a “la plebe de las grandes ciudades” la matriz barbárica. Es ella la que se entrega al “demagogo”, que renueva más de un siglo después el imperio de los caudillos. El peronismo es más que reconocible como la encarnación de un mal cargado de manipulación y falsedades.

A partir de la disyuntiva fundacional, el escritor arremete contra las diferentes formas del nacionalismo. Y sus pretensiones anexas en materia literaria. La pretensión del “color local”, el país como tema excluyente, la creencia ciega en las excelencias de la propia tierra y de los compatriotas como superiores a los ciudadanos de otras latitudes.

Borges sostiene el enfoque universalista. En “El escritor argentino y la tradición” sustenta la idea que aquélla en la que debe reflejarse la creación en nuestras tierras no es la “criolla”, sino la de todo Occidente. El “localismo” es artificial. Omite y distorsiona. Y en última instancia, y allí da un giro polémico fuerte, el nacionalista desconoce al propio país. Lee mal aquello a cuya reivindicación se supone destina sus mayores esfuerzos.

Él no deja de dar pábulo a una identidad, no se refugia en el mero cosmopolitismo. Si bien aleja a ésta de exclusivismos y simplificaciones que verían al extranjero como enemigo inexorable. Sus adversarios en el terreno de la escritura serían encabezados por Leopoldo Lugones, el apologista hernandiano de *El payador*. Opina que la historia nacional podría haber sido distinta si fuese la obra sarmientina la escogida.

Los nacionalistas de diferente talante están en la vereda opuesta. Junto al poeta de *El libro de los paisajes* sitúa a Ricardo Rojas, el primer gran historiador de la literatura nacional. Antes profeta de *La restauración nacionalista*. En un orden de llegada más tardío aparecen los nacionalistas propiamente dichos. Impulsores de la historia revisionista que enaltece el caudillismo y hasta cierto punto epígonos de los fascismos europeos, en la mirada borgeana.

En esa línea, vituperó los que concibe como excesos de la ritualidad patriótica. Por ejemplo el culto monumental, que tanto debía a Rojas. Así es que lamenta, en filosa ironía que «No hay plaza que no soporte a su guarango de bronce. Mejor sería usar ese metal para hacer cómodas bañeras». Un pasaje que se encuentra en su “Palermo de Buenos Aires”, integrado en el libro *Evaristo Carriego*

Liberalismo y conservadorismo.

Borges está inspirado en las ideas del liberalismo, con un sesgo conservador. No es devoto de la representación democrática. Así es que la califica más de una vez como "... una superstición muy difundida, un abuso de la estadística"

Si es partidario de la autonomía individual como principio rector, objetivo mayor de la convivencia política. Hace énfasis así en la concepción de “libertad negativa”, levantada por Isaiah Berlín. La que preserva la libertad frente al Estado en lugar de la posibilidad de participación en las decisiones públicas. Para el narrador, esa versión de la libertad es la característica fundamental de “Occidente”.

Su impronta liberal no lo conduce a un “antiestatismo” fanático. Incluso es crítico con la indiferencia muy extendida en Argentina hacia la función de bien público en la conformación y funcionamiento estatal. Para el grueso de los ciudadanos del país las entidades públicas, entre ellas la policía, son *maffias* indignas de respeto, que poco o nada pueden brindar al “hombre de la calle”.

Profesaríamos los argentinos un tipo de individualismo que no sirve de respaldo a las instituciones. Muy al contrario, las horada o las ignora. Que no percibe a la persona integrada a ningún tipo de empresa colectiva. Cree en la amistad, en las lealtades inamovibles. A lo sumo en el espíritu de grupo o de comunidad de intereses.

No en el bien público, o al menos no en el asiento legal e institucional del mismo. El escritor desarrolla este tema en el ensayo “Nuestro pobre individualismo”, analizado por el autor.

En el relato “El encuentro”, que Freibrun no destaca, un grupo de “gente de bien” resuelve ocultar un crimen para que quede sin castigo. La policía y el poder judicial no cumplen entonces ningún papel. Los distinguidos involucrados resuelven la cuestión de acuerdo a códigos de honor y amistad que no le deben nada a las normas dictadas por el Estado.

El autor de *Otras Inquisiciones* se sitúa en esa posición liberal conservadora en consonancia con la antinomia de la “guerra fría”. Se precia de su rechazo integral y equilibrado a cualquier forma de “totalitarismo”. Desde ese lugar combate a la Alemania nazi y a la Unión Soviética por igual. En el conflicto que sacude al mundo desde la segunda posguerra, se alinea sin mayores reparos con Estados Unidos.

En nuestras tierras se muestra inflexible con el peronismo. Lo visualiza como una farsa, un “simulacro”. Se burla con amargura en un cuento muy recordado, titulado

justamente “El simulacro”. Confía en poder erradicarlo, como a una peste. Como muchos otros está influido por la mirada “desnazificadora” de la posguerra, en particular en Alemania.

En cuanto “totalitario”, el movimiento surgido en octubre de 1945 ameritaría, después de su caída, una “limpieza de las mentes populares”. Y un castigo a los burócratas y beneficiarios de maniobras corruptas. En términos semejantes a la actitud inicial que luego adoptará en los inicios de la dictadura comenzada en marzo de 1976.

Considera a la “revolución libertadora” como una restauración de la “civilización” frente a la “barbarie”. La que por fortuna ha sido expulsada del poder.

Es de esos años su afiliación resignada al partido conservador. Una organización política que ya casi no existía por entonces. Privada de votos y asimismo de una dirigencia con capacidad operativa. La identificación conservadora es más bien un sumirse en el escepticismo de modo definitivo. No confía en la acción, en ninguna militancia. Ya le quedan lejos sus fervores de la lucha antifascista a la que consideró en su momento una epopeya heroica.

La opción anticomunista.

Una vertiente persistente en su ideología es el anticomunismo. Como ya escribimos, está de parte de los enemigos de la Unión Soviética después de 1945. Desconfía mucho de cualquier movimiento de masas.

Apenas en una situación tan excepcional como la del festejo de la liberación de París, en agosto de 1944 pudo darse un momentáneo apartamiento de ese camino. Allí señala, entre sus “descubrimientos” de esa ocasión “que una emoción colectiva puede no ser innoble.” Sólo entonces, casi como excepción. Las multitudes son en general perjudiciales. No pensantes, cultoras de la estupidez, creyentes en falsas promesas, tomadas por bajas pasiones.

El comunismo, con la centralidad que asigna a la acción de las masas y a la lucha de clases no puede sino concitar su repulsa. Él descrece de lo colectivo para dirigir su mirada benévola hacia los “grandes hombres”. Hacia los “héroes” cuya exaltación toma de un escritor que admira, Thomas Carlyle. Para éste, la historia humana sería “la biografía de los grandes hombres”.

Le contrapone un sórdido determinismo económico, que atribuye al marxismo. El que iría en menoscabo de cualquier idea de elevación espiritual y finalidades altruistas.

Junto con el extinto totalitarismo nazi, el comunismo es su mayor enemigo. Aquél se hundió en una ciénaga de locura, hipocresía y desbocado racismo. Éste procura aún el dominio del mundo, después de recoger los lauros del triunfo contra los nazis. También aspira a la destrucción de “Occidente” en cuanto cuna de la libertad, de las grandes religiones, de las filosofías más apreciadas.

En cuanto a sus arraigos geográficos y nacionales, el nazismo hizo para él un aprovechamiento ilegítimo de la herencia alemana, tan noble en la cultura, el arte, el

pensamiento filosófico. Admira la trayectoria de Alemania, a su idioma, a las personalidades destacadas surgidas de allí. Como vimos que hizo con los nacionalistas vernáculos, aduce que los nazis no conocen y menos entienden a fondo al país y a la historia y la “raza” a los que hacen sujeto de su culto.

El trabajo de Freiburg se ocupa de una faceta borgeana que suele no estudiarse. O bien es examinada más a través de lugares comunes que de una apreciación integral de su obra. En el libro que nos ocupa se lleva adelante una labor más compleja y de superior valor.

Hace el rastreo de referencias políticas a lo largo de toda su obra. Fecundadas por el examen de textos de eruditos borgeanos. Y de los de intelectuales que abarcan a Borges dentro de enfoques más amplios.

Es una lectura productiva en cuanto propone pistas para el pensamiento acerca del país. El que está surcado por dicotomías que ya no puede pretenderse que sean disueltas.

J.L.B. representa a una visión del liberalismo que puede ser mordaz, incluso feroz. Encarna el espíritu de la revista *Sur*, marcada por la celebración del “argentino exquisito”. No se suma al culto de la riqueza y a la pretensión de exclusividad de las operaciones mercantiles como casi único modo honesto de ganarse la vida. Borges es de modo implícito portador de otras respuestas. Aspira a un camino opuesto a los materialismos de cualquier signo.

Agnóstico, conserva su sesgo espiritualista. Vive la escritura como un destino excluyente y se aleja de las demás posibilidades. Entre ellas la de la vida pública. No ve a la política con buenos ojos. Se adelanta de algún modo a la execración generalizada de la misma que se manifiesta en nuestros días.

El libro es breve y conciso. Preciso a la vez. Elude las divagaciones de cierta producción ensayística que junto con el academicismo y la dificultad de comprensión también evita el rigor. Digno de leerse, a modo de compendio con matriz monográfica de las ideas políticas del siglo XX en Argentina.